

---

### CAPÍTULO XIII

---

#### LA RÁBIDA

**U**N resultado práctico tuvieron todas las remociones de ideas diversas, que fué la mayor inteligencia del piloto con los Reyes y la mayor protección concedida por éstos á los planes condenados en la Junta de Córdoba. Pero, si bien abundaban los auxilios con alguna frecuencia, á pesar del continuo apuro en que vivía la Corte, un decreto decisivo y determinante del viaje no podía sobrevenir, impedido por el natural embargo de la reconquista. Tras la estancia en Salamanca emprendió el regio matrimonio, que gobernaba sobre nosotros, la conquista de Málaga, y durante la conquista de Málaga estuvo alternativamente Colón unas veces en el sitio de la ciudad, otras veces en la corte de Córdoba, y hasta en la corte de Lisboa. Muchos niegan este viaje; pero no debe maravillarnos tal negación, atendido á que reina una tal incertidumbre y perplejidad en los historia-

dores de toda esta época, que hay quien desconoce y niega las conferencias mismas de Salamanca, poniendo las dos Juntas reunidas para oír al descubridor y entender del descubrimiento, en Córdoba y en Granada. Mas no cabe duda respecto del viaje á Lisboa de Colón. Basta considerar que tenemos la carta del rey don Juan, concediéndole salvoconducto y preservándolo de toda demanda por deudas, fechada en el año 88, así como tenemos una célebre apostilla, puesta por la mano del descubridor en su libro predilecto, *El Mundo de Aliaco*, donde consta la coincidencia de su arribo á Lisboa con el descubrimiento, á sus planes tan favorable, con el descubrimiento de aquella extrema tierra del África austral, conocida con este nombre: Cabo de Buena Esperanza. No sabemos cuánto hiciera en Lisboa Colón durante la visita postrimer á la hermosa capital portuguesa; no podemos establecer ni la fecha de su partida, ni la fecha de su regreso; pero sí podemos decir que recogió cuantas noticias pudo en aquel tiempo hallar de carácter geográfico y las puso con sobra de diligencia y matemática exactitud en su memoria y en sus libros. Efectivamente; Bartolomé Díaz acababa por entonces de hallar el Cabo, allende cuyas aguas no pudo pasar por el terror de la tripulación. El mundo había dado un paso más hacia la corte del Preste Juan de las Indias, que provocaba tantas expediciones y que influyera en los ensueños de Colón. La residencia del misteriosísimo personaje, puesta por el veneciano Polo en las aromadas selvas del Asia central, pasaba, en concepto del portugués Corilhan, á los riscos de Abisinia

circuñidos por los arenales líbicos; y mientras llegaban estas noticias, refería el piloto descubridor todas las angustias sufridas en requerimiento de un Cabo conocido ya desde aquel entonces con dos nombres tan opuestos como Esperanza y Tempestad. En tales disertaciones orales aseveraba Díaz cómo había desistido, para una segunda expedición, de dar dimensiones grandes á sus naves, y las deseaba sólidas para que resistiesen á todas las tormentas del aire, y diminutas para que penetrasen por todos los senos del mar. Así, de cuanto necesitaba entonces un barco para navegar lejos, había llevado sumas tres veces superior á la llevada en los viajes anteriores. É hizo bien. Las tormentas se arremolinaban en aquellas aguas con tal frecuencia y tal furor, que las naves iban bajo las alteradas ondas. Pero el mar tenebroso estaba desvanecido; el África circunvalada en lo posible casi; el Preste Juan próximo á las manos que lo requerían por todas partes; las Indias orientales, reencontradas en expediciones tan maravillosas como las expediciones de Alejandro; los aromas de nuevas especias difundidas en las venas, y casi descubierto el origen de la humanidad y de la historia; el territorio ario de fetiches y de castas, y de palanquines, y de palmas, y de jeroglíficos, y de oro, y de brillantes, y de simbólicas flores, y de cuentos prehistóricos, que completaba el planeta con su vida exuberante y coincidía con el encuentro de la estatua griega entre los escombros y las ruinas del tiempo pasado, y el encuentro de nuevos mundos entre las esperanzas del tiempo por venir. Mas Colón, que así trazaba una profe-

cía como una cuenta, dijo en las apostillas y anotaciones de sus lecturas cómo Bartolomé Díaz navegara seiscientas leguas allende lo navegado hasta entonces, é inviniera el Cabo de Buena Esperanza; en el cual, tomando altura por el astrolabio de Behaim, así como probó que distaba 45 grados de la equinoccial, probó también que distaba tres mil cien leguas de Lisboa. El matemático y el profeta se completaban en Colón, quien, al mismo tiempo que leía Esdras ó Job en sus oraciones con santa piedad, tomaba con matemática exactitud alturas y distancias en peladas cifras.

En cuanto volvió Colón de Portugal quiso avistarse nuevamente con los Reyes; pero encontró las vías materiales á su corte y las vías morales á su corazón muy obstruídas por los olvidos consiguientes á la triste ausencia y por el embargo y absorción de los espíritus y de los ánimos en la reconquista. Vencedores los Reyes en Málaga y Vélez-Málaga, el triunfo les aguijoneaba con sugerencias vivas á la continuación de su obra, facilitada por las innumerables divisiones interiores del reino granadino, roto en fragmentos, que ocupaban, como enemigas fortalezas alzadas por unos contra otros, los tres nominales reyes moros Hassem, Boabdil, el Zagal. Así, después que celebraron en Aragón una de aquellas Cortes vivamente agitadas por el saludable soplo de la libertad, y que celebraron en Sevilla con torneos y cañas y festejos y saraos el enlace de su hija mayor, D.<sup>a</sup> Isabel, con mozo de tanto poder y nombre como el príncipe D. Miguel, heredero de la corona portuguesa, convirtieron sus pen-

samientos y sus fuerzas al indispensable remate de la gloriosa reconquista. Mala coyuntura para tratar de ningún otro asunto. Habían crecido los partidarios de Colón y aumentádose la particularísima influencia de cada cual. Quintanilla, el bueno y pródigo Contador, ganaba influjo á medida que hacía gala de sus talentos en procurar al Real Tesoro cuantiosísimos servicios; Mendoza, el Cardenal fiel, aumentaba en poder y merecía gracias conforme iban sus caridades asistiendo á los vivos y sus oraciones á los muertos, sin descuidar por esto el combate perdurable con los guerreros moros; la Marquesa de Moya, expuesta en el asedio de Málaga, por el esplendor de sus arreos y la riqueza de su alojamiento, á violentísima muerte, pues la hiriera un santón árabe, tomándola por Isabel, ganaba el corazón de la Reina, quien decía que jamás hubiera en España reinado sin la decisión del marido de su amiga; y no obstante la grande autoridad y poderosa influencia de todos en el gobierno regio y en el campamento cristiano, hallábanse como muertos, y no querían divertir ni un hombre, ni un escudo de la obra capital del tiempo, de la cercana reconquista. Mientras Colón llamaba de puerta en puerta, ofreciendo continentes á quien reconcentraba todas sus actividades en una sola ciudad, la tala de los cármenes granadinos, azotados por una invasión cristiana; el asiento de las vencedoras huestes alrededor de Baza, donde se había levantado una ciudad española frente á la ciudad árabe, ardiendo las dos en fiestas y en combates; las hazañas caballerescas de los Pulgares, inspirando á los soldados de la cruz alientos

nuevos en la cruzada religiosa y á los romances moriscos nuevas cadencias en la epopeya nacional; el penúltimo Rey moro, de hinojos ante los Reyes, presentándoles en homenaje, á la vista del mar azul, que resaltaba en marco de asiáticos nopales y de rosáceos adarves, la sultana feliz, Almería, coronada de torres y de palmeras; los embajadores turcos, llegados desde la cautiva Jerusalén á detener el brazo extendido sobre Granada, vacilante y, en su tribulación, hermosísima como la Sión de los profetas; el muro de las mismas Alpujarras, encendido por el sol andaluz y perfumado por el jazmín oriental, resonante con el fragor de encuentros, cruentísimos, por sus resultados, pero épicos por sus gentiles aspectos; Salobreña despidiendo al ciego Hassem, terror de la cristiandad, muy llorado por las elegías de una raza, parecidas al sublime lamento de los trenos bíblicos; cada laurel de la vega convertido en lanza de los combatientes, y cada eslabón de las cadenas rotas en el pie de los cautivos reudentos en chuzo de estas lanzas; cada huerto trocado en arena de torneo continuo; cada hogar en fortaleza á los defensores y objeto de ataque á los asaltantes; el espacio aquel todo hecho los de Troya para los helenos, término de una guerra secular y comienzo de una nueva patria, no dejaban lugar para ningún otro empeño ajeno á la terminación y coronamiento de tan maravillosa epopeya. ¿Cómo habría en tal minuto espacio para pensar en Colón, antes desconocido y olvidado ahora?

Colón, al verse así olvidado, lloraba los tiempos en que se viera combatido; y, taladrado el corazón; heridas

sus más caras preferencias; deshojada la fantasía de todas sus ilusiones; con las zarzas de los desengaños, más penetrantes que las espinas, en sus sienes; la hiel de todas las acerbidades juntas en sus labios; el horror al ciego mundo por sus nervios; los primeros asomos de la vejez en su frente arrugada por los surcos que deja todo ideal frustrado; las heladas del invierno de su vida llevándole, silenciosas, el frío de la desesperación, y cerrándole todos los horizontes; empecatadísimo en rehacer su obra, ofreciéndola de nuevo á otros reyes, y reanudar sus pasos, apartándose, como se había en oportuna sazón apartado y huído de Portugal, apartándose y huyendo de nuestra España, tomó la resolución de una suprema despedida del suelo español, donde todo le abandonaba, y de un llamamiento á la corte de Francia, donde se habían refugiado las pavesas de aquellas últimas llamaradas que lo esclarecieran y le alentaran en tan amargo dolor con algún vislumbre de salvación y con algún asomo de triunfo. En tal estado terrible, debió ir á Córdoba para despedirse de D.<sup>a</sup> Beatriz y besar al hijo de sus amores con ella, Fernando; desde Córdoba debió irse á Sevilla para verse con amigos como los Geraldinis y noticiarles sus amarguras, á fin de que á su vez las noticiaran ellos á Mendoza; desde Sevilla irse á Marchena para contarle á su protector, el sabio fraile Antonio, los desvanecimientos de todas las esperanzas y los malogros de todas las promesas; desde Marchena irse á Huelva en busca de su cuñado Muliarte y de su hijo Diego, puestos so el amparo de sus tíos carnales, en el afán y desasosiego consiguientes á las pere-